

BLUES HIGHWAY



LA AUTOPISTA DEL BLUES

POR | BY DIEGO COBO

Desde Chicago hasta Nueva Orleans, un recorrido por la carretera que esconde el alma musical de Estados Unidos.

From Chicago to New Orleans, a journey along the highway that hides the musical soul of the United States.



BB King's Blues, en Beale Street, en Memphis; en Clarksdale, Mississippi, se cruzan las carreteras 61 y 49.

BB King's Blues on Beale Street, in Memphis; highways 61 and 49 meet in Clarksdale, Mississippi.

La voz de Elvis Presley, envuelta en motas de polvo, susurra “My Happiness”. La grabación es de abril de 1953, cuando el joven entró a Sun Records en Memphis para grabar, a cambio de cuatro dólares, dos canciones para regalarle a su madre por su cumpleaños. Regresó meses después y Sam Phillips, el propietario, le preguntó qué sabía hacer. “Cualquier cosa”, respondió. Así empezaba la leyenda.

Sun Records es hoy un edificio de ladrillo convertido en un himno a la memoria que recorro junto a un grupo de aficionados. Entre sus paredes grabaron leyendas del blues y el rock, como Muddy Waters, Roy Orbison o Johnny Cash, de quien una guía comienza a rasgar la guitarra e interpretar “I Walk the Line”. Un museo en la planta de arriba y los viejos estudios abajo nos recuerdan que aquí se grabó, en 1951, “Rocket 88”, la primera canción de rock & roll de la historia.

Memphis se extiende sobre un recodo del río Mississippi, en Tennessee, y está atravesada por la ruta 61, conocida como Autopista del Blues, una carretera que surca las entrañas musicales de Estados Unidos: el blues, el rock & roll o el jazz nacieron en los bordes de este camino, a quien Bob Dylan honró en su álbum *Highway 61*. Habíamos salido días antes de Chicago rumbo a Nueva Orleans, siguiendo la 61, y Memphis era la primera parada. Elvis aprendió aquí los trucos de los cantantes negros, pero además del Rey, muchos están en deuda con el alma de sus calles.

Riley Ben King se subía a los escenarios a finales de los años 40 con tanta frecuencia que lo empezaron

As if recently dusted off, the voice of Elvis Presley whispers “My Happiness”. The recording is from an April afternoon in 1953, when the young truck driver stepped into the studio and paid four dollars to record two songs for his mother as birthday present. Months later, when he returned to Sun Records in Memphis, Sam Phillips, the owner, asked him what he could sing. “I sing all kinds,” was his reply. And a legend began.

Today, Sun Records is an old building-turned-time capsule. Along with a group of fans, I’m touring it to a soundtrack made up of classics. Blues and rock legends that have recorded within its walls include Roy Orbison, Muddy Waters, and Johnny Cash—whose “I Walk the Line” a guide begins to strum on the guitar. A museum on the second floor and the studios on the first remind us that it was here that the first rock ‘n’ roll song in history—“Rocket 88”—was recorded, in 1951.

Memphis, Tennessee, extends along a bend in the Mississippi River. Through it runs U.S. Route 61—known as Blues Highway. The road cuts through the musical and sentimental core of the United States: blues, rock ‘n’ roll, and jazz were all born along this highway, to which Bob Dylan paid tribute with his album *Highway 61*. A few days ago, we had left Chicago headed toward New Orleans along Route 61, and Memphis was the first big stop. This is where Elvis picked up tricks from black singers. In addition to the King, many other artists are also in debt to this city’s streets. In the late 40s, Riley Ben King took the stage



a llamar “Beale Street Blues Boy”: B.B. King. Sobre Beale hay decenas de clubes que, al caer la noche y encender las luces de neón, nos indican que algo va a suceder, como comprobamos al escuchar la armónica de Vince Johnson. Este virtuoso actúa junto a The Plantation Allstars en el Rum Boogie. La atmósfera y su eterno soplo —un minuto sin tomar aire— hacen honor a lo que, orgulloso, anuncia antes de una canción: “I am a Bluesman!”.

La música explotó en Memphis y Chicago a mediados de siglo, cuando grandes oleadas de población negra abandonaron los campos del sur y trasportaban el legado a las ciudades. Llevaban la herencia de la sangre de sus abuelos, esclavos que crearon el blues a través de lamentos mientras se destrozaban las manos recogiendo algodón en el Delta, una enorme planicie regada por los ríos Mississippi y Yazoo. Aún se recuerda el desbordamiento de 1927 que asfixió plantaciones como Dockery Farm. Dockery llegó a tener 2,000 empleados y quiso el azar que, entre los trabajadores o visitantes frecuentes, se encontraran leyendas como Patton, Howlin’ Wolf o Robert Johnson, que vendió el alma al diablo entre las carreteras 61 y 49 a cambio de alcanzar la gloria. En medio de campos de maíz, algodón, arroz y soja y un pasado que atrapa, no es difícil echar a volar la imaginación.

A 20 kilómetros, siguiendo uno de esos caminos solitarios que rayan todo el mapa, llegamos a Poor Monkey, un *juke joint* abierto en 1963, y las luces del atardecer iluminan las cicatrices de la madera. Los *juke joints* se resisten a desaparecer; son luga-

so often that people called him the “Beale Street Blues Boy”: B.B. King. Beale Street is a collection of dozens of clubs. When night falls and the neon lights come on, it feels like something is about to happen— and indeed it does when we hear Vince Johnson’s harmonica. The virtuoso is performing at the Rum Boogie with The Plantation Allstars. The atmosphere and his endless blowing —a whole minute without a breath— leave no doubt about what he announces before the next song: “I’m a Bluesman!”

In Memphis and Chicago in the 1950s and 60s, there was a musical explosion; great waves of African-American populations left the fields of the south, bringing their legacy to the cities. They carried the blood of their grandparents in their veins — slaves who created the blues with laments of suffering as their hands were marred by cotton-picking in the Delta, the vast plain nourished by the Mississippi and Yazoo rivers. People still recall when the river overflowed in 1927, drowning plantations like Dockery Farms. Dockery had as many as 2,000 workers. Perhaps it was by chance that workers and visitors included legends such as Patton, Howlin’ Wolf, and Robert Johnson —who is said to have sold his soul to the devil at the crossroads of Highways 61 and 49 in exchange for fame and fortune. Amidst fields packed with corn, cotton, and a mesmerizing past, it’s not hard to imagine the exchange.

Some 12 miles away, along the solitary roads that crisscross the map, the last light of day falls upon the scarred wood at the Poor Monkey. This juke joint opened in 1963, and is one of a handful

El Ground Zero es un templo del blues, propiedad de Morgan Freeman. Ground Zero, owned by Morgan Freeman, is a temple of blues.



El Poor Monkey es uno de los últimos *juke joints*; Vince Johnson, un habitual del Rum Boogie, uno de los locales más auténticos de Memphis.

The Poor Monkey is one of the last remaining juke joints; Vince Johnson is a regular at the Rum Boogie, one of the most authentic spots in Memphis.

res donde la población afroamericana se reúne en torno a la bebida y la música. Es tarde, el local está cerrado y una danza de relámpagos nos retrasa el trayecto a Clarksdale. El cielo explota, cae una lluvia de leyenda.

Por la noche, Robert Eskew actúa en el Ground Zero de Clarksdale. El sonido desnudo de su blues eléctrico nos mantiene hasta las dos de la madrugada en un local de bombillas de colores. Aunque pareciera que el edificio se fuera a caer en cualquier momento, el Ground Zero permite supurar esa nostalgia que seguimos buscando rumbo a Nueva Orleans. Así, persiguiendo las aguas del río más musical de América, hacemos noche en una antigua plantación entre robles centenarios para sentirnos en el siglo pasado antes de volver a una ciudad del presente.

A Louis Armstrong, que nació en Nueva Orleans en 1901, cada vez que le preguntaban en qué pensaba en ese momento, solo tenía una respuesta: “Nueva Orleans”. Su vozarrón y su trompeta nos acompañan al lugar del que emigró en busca de un sueño en 1922 pero que nunca dejó de sentir en las venas. Después de 2,000 kilómetros escarbando en las raíces de la historia, llegamos a la ciudad del jazz. La música parece un estado de ánimo permanente, aunque la clásica Bourbon Street haya perdido su elegancia en favor de Frenchment Street, donde una banda callejera ha tomado el lugar: los turistas bailan y detienen el tráfico hipnotizados, mientras los tranvías suben y bajan por la calle, los barcos de vapor clavan sus aspas en el Mississippi y los atardeceres se tiñen del color de un saxofón. ●

that is still standing. The juke joint has hung on as a place for African Americans to come together around drinks and music. It's late, the place is closed, and lightning slows down our trip to Clarksdale. The sky bursts open and it pours like only here it knows how to do.

At night, Robert Eskew performs at Clarksdale's Ground Zero. We stay listening to the stripped-down sound of his electric blues at a bar with colorful light bulbs until two in the morning. Though it looks like it's going to collapse at any moment, Ground Zero lets us soak up the nostalgia we're following to New Orleans. Still, before being led to our destination following America's most musical river, we take cover in an old plantation among hundred-year-old oaks. It's a trip to the past before arriving at a city of the now.

Whenever Louis Armstrong was asked what he was thinking about, he had one reply: “New Orleans.” The hurricane-like force of his voice and trumpet join us on a tour of the place he left in 1922 in pursuit of his dreams, but that never stopped coursing through his veins. After 1,243 miles tracing the roots of its history, we've arrived in the city of jazz. Music creates a permanent atmosphere, though Frenchmen Street has surpassed the classic Bourbon Street in terms of elegance. On this sultry afternoon, a roaming band has taken over the street: tourists dance hypnotized as traffic comes to a standstill. Trollies go up and down the street, steamboats cleave their propellers into the Mississippi, and the sunset is tinged the hue of the sax. ●